



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

INTRODUCCION

En enero de 1867, Maximiliano volvía de Orizaba. Había tomado una decisión inapelable: continuar como “emperador” de México. La astucia del padre Fischer, ganando para el clero y el Partido Conservador al infeliz Haubsburgo, rindió un resultado no previsto: la exclusión de los moderados, que no liberales, de su gobierno. Fischer y los fieles criados de Maximiliano habían forcejado en torno suyo: el uno para que no abandonara el país ni la facultad de remediar el mal que la intervención y el imperio acordaran: exterminar a los liberales y sus intentos republicanos, devolverle a la Iglesia los bienes nacionalizados; los otros, para que abdicara “una corona de mal agüero”, abordara un navío, llegara a San Thomas, se aproximara a Corfú y entrara al fin en las aguas del Adriático. En el mar, se repetía no sin desesperación Herzfeld, se curará del mal de la abdicación; el viaje le aliviaría los escrúpulos imperiales. Fischer, tendiendo sutilmente sus redes de confidente, amigo y confesor, puso en orden la conciencia de Maximiliano. Después de las palabras de Lacunza y la viscosidad de Teodosio Lares, de la rabiosa altivez de Sánchez Navarro, de la febril decisión de Miramón y Márquez, Maximiliano decidió abandonar Orizaba. En 3 de enero salía de Puebla rumbo a la capital. “Iba en una carretela abierta, tirada por cuatro hermosas mulas blancas, escoltado por una fuerza de los lanceros y húsares del cuerpo austriaco, a la vez que por un destacamento de zuavos franceses a caballo.”²¹⁴ Con Maximiliano iban, también,

²¹⁴ Véase, N. Zamacois., ob. cit., tomo 18, segunda parte, capítulo XIII. Samuel Bash, *Recuerdos de México*. Memorias de un médico ordinario del emperador Maximiliano (1866-1867) Tr. por Manuel Peredo. México, Edit. Nabor Chávez, 1870. Caps. II a VII. Emile Kératy, *Elevación y caída del emperador Maximiliano*. Intervención francesa en México. 1861-1867. Prefacio

Márquez, Paulino Lamadrid, Fischer, Bash... Llegaron a la hacienda de La Teja. Aquí el "imperio" hace un alto. Sus horas estaban contadas.

Mientras Fischer procuraba mantener el espíritu de Maximiliano en un estado de vacilación, Juárez emprende el camino hacia la altiplanicie. Los guerrilleros limpian de franceses y mochos Sonora, aislan Mazatlán y siguen hacia Jalisco. Juárez escribe, infatigable, órdenes militares, órdenes civiles; traza la organización administrativa, provee de cañones a las brigadas que ponen sitio a Zacatecas, está atento a lo que la prensa dice de los pasos de Maximiliano y, sin dudarle —sus informes eran siempre de primera mano—, dibuja la única línea que les quedaba a los imperiales; la de Veracruz. Por ella había ido y regresado Maximiliano. Faltaba un débil trazo en el mapa estratégico: Querétaro.

En 24 de septiembre, Juárez escribía:

"...nuestro triunfo definitivo se acerca rápidamente."²⁷⁵

El 1o. de octubre, al regresar Bazaine de San Luis a México, comenta:

"...Es seguro que toda la frontera ha quedado libre para siempre de la invasión francesa y por consiguiente pueden Uds. (decía a su familia) volver a Monterrey sin temor de franceses y traidores... la intervención y el imperio caminan rápidamente a su final desaparición."²⁷⁶

En 27 de octubre, afirmaba:

"...creo firmemente en el buen éxito, porque además de que nuestra moral aumenta la de ellos decrece, parece que su plan ahora es evitar el combate con el objeto de reconcentrar su línea de México a Veracruz."²⁷⁷

En 3 de noviembre escribía a Mariano Escobedo:

"...El triunfo de la causa nacional es seguro, pronto e indefectible y para su realización no necesitamos ni de fuerzas extranjeras —que

de Prévost-Paradol. Tr. por H. Frías y Soto. México, Edit. Nabor Chávez. 1870. Caps. XIII a XXII.

²⁷⁵ *Epistolario*. Ob. cit., p. 371.

²⁷⁶ *Ibidem*, p. 373.

²⁷⁷ *Ibidem*, p. 372.

Juárez jamás admitió en el territorio nacional—
ni de transacciones con los traidores.”²⁷⁸

El 27 de diciembre, las tropas mexicanas ocuparon San Luis Potosí.

El 23 de marzo, dictaba Juárez:

“...De aquí en adelante el enemigo tendrá
que sucumbir en Querétaro...”²⁷⁹

Maximiliano se lamentaba, entre tanto, que la Legión extranjera, ocho mil hombres, salieran del país por disposiciones de Napoleón III. El llamado ejército conservador quedaba reducido, como en 1861, a gavillas. En 11 de enero, Bazaine recibió una comunicación urgente de Teodosio Lares, “presidente del consejo de ministros”, en la que le decían: “Mariscal: S.M. el emperador, deseando oír confidencial y amistosamente la opinión de V.E. y la de otras personas sobre un negocio de grave importancia, me ordena dirigirme a V.E., como tengo el honor de hacerlo, suplicándole que se digne asistir á la reunión que tendrá lugar en el palacio del gobierno el próximo lunes 14 del corriente, á las dos de la tarde.”²⁸⁰

Al llegar Bazaine al Palacio del gobierno, lo esperaban los miembros del Consejo extraordinario: Lares, Sánchez Navarro, el arzobispo Labastida, Murphy, Leonardo Márquez, Cortés Esparza, Orozco y Berra, Mier y Terán, el padre Fischer, Vidaurri, Arango y Escandón y otros más. Maximiliano, como si fuera reo de muerte, no asistió. Teodosio Lares, haciendo cuentas alegres, afirmó que el “imperio” contaba con once millones de duros anuales y una fuerza de 26,000 hombres. Márquez aseguró que las ciudades, muy pronto, serían recuperadas. El arzobispo Labastida hizo una inefable confesión, casi conmovido: siendo su ministerio de paz, no le estaba permitido emitir juicio alguno en la cuestión discutida. Cortés Esparza preguntó, sin obtener respuesta, donde estaban los 26,000 soldados; que sobre datos ficticios, sólo cabía, a Maximiliano, salir del país. Fischer calló; Bazaine, conociendo las circunstancias —él había sido en realidad el gobernante de la intervención— afirmó ante los consejeros estupefactos que “la organización federal parecía que debía co-

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 386.

²⁷⁹ *Ibidem*, p. 376.

²⁸⁰ Zamacois, *ob. cit.*, p. 881.

locar al país al abrigo de toda tentativa de usurpación por parte del gobierno de Washington".²⁸¹ Y no sólo, sino que la nación era, sin apelación ninguna, republicana. Objetó los delirios guerreros de Márquez, informó escuetamente de la reducción de las líneas conservadoras y asentó una conclusión obvia: si Maximiliano no quería ser un jefe de partidarios —lo que equivalía a capitán de gavilla— debía devolver el poder a la nación. La opinión de Bazaine era la del buen sentido francés, la del político que admite la derrota por un examen implacable de los hechos; era la solución de un problema que Fischer planteara como caso de conciencia; Lacunza, como un dilema medieval, y Sánchez Navarro, como una lucha a muerte.²⁸² Alejandro Arango y Escandón, resumiendo las lecciones de Fischer, las alucinaciones de Márquez, la intransigencia de Sánchez Navarro y la oratoria de Lacunza —Academia de Letrán en estado melifluo— desafió a Bazaine. Los conservadores saltaron jubilosos de sus asientos. De las citas históricas de Arango, ya don Agustín Rivera hizo una regocijada anotación;²⁸³ su tesis era, en realidad, el epitafio de Maximiliano. No fue el discurso de Vallarta el que dictó la sentencia de muerte del "emperador", aunque formalmente así parezca, sino el discurso de Arango y Escandón, testimonio inequívoco del "eclipse humano" de los conservadores.

²⁸¹ *Ibidem*, p. 883.

²⁸² Véase la referencia a Sánchez Navarro —chambelán y ministro; uno de los *pelucones*, que decía Maximiliano— en Bash. Ob. cit., cap. VI.

²⁸³ Agustín Rivera. Ob. cit. Anotaciones de 1867. Véase, en edición reciente de los Anales (Comisión Nacional para las conmemoraciones cívicas de 1863, México, 1963) la p. 274.